



... las exigencias
... bilidad
... que
... como
...
... Ofor
... al menos ...
... olida.
... preciso
... ins
... en
... el
... de Fivo
... lo ideal
... equilibrio
... mundo
... modo
... modo
... en

Con el apoyo del Vicerrectorado de Calidad de la Universidad
Complutense de Madrid (Proyectos de Innovación Docente 2020/2021).

Editado por *Ala Este. Revista de Creación literaria*,

Madrid, 2025.

Licencia Creative Commons.



<https://www.ucm.es/alaeste> • alaeste@ucm.es

ISSN: 3020-4070

Collage y diseño de cubierta: Carmen Sotoca.

Diseño de la revista: Ignacio Caballero García.

Maquetación: Elena Mora Rubio.

Edición: Carolina López Fic, Leticia

Millán Fanconi, Regina Sanchís Molina

y Nancy Viridiana Torres Amaya.

C/ Profesor Aranguren, s/n, 28040, Madrid,

Campus de Ciudad Universitaria,

Facultad de Filología, Edificio D.

Contenido

7

Bar Madroño

Por María José Ramírez

10

Conversación con mi abuelo

Por Hugo León Cid

11

Ojos que ven y sufren, corazón que siente. Un borrador poético para pensar el ojo enfermo

Por José Pablo Álvarez Acosta

14

Entre las ruinas

Por Iván Blanco Chacón

15

Ayer volví a encontrar los libros

Por Sofía Padilla Barreiro

16

La ciencia, ante todo

Por Andrea Carolina Cruz

21

Cicatrices, despertares y presencias

Por Guadalupe Zorrilla

22

Autobiografía de J.

Por Juan Pablo Arboleda

Miscelánea

26

El sueño de la sultana

Por Marcos Pinedo

34

Hospital

Por Laura Rodríguez Díaz

35

Detalle arquitectónico

Por Haizea Oronoz Canon

Bar Madroño

Por María José Ramírez

La mañana en que volví a ver a Isabel coincidimos en la calle Ave María. Yo acababa de doblar la esquina de Tres Peces, que desemboca en la mitad de esa cuesta que conecta Lavapiés con Antón Martín. Ella estaba en el andén contrario, subía por la derecha mientras que yo bajaba por la izquierda. Supuse que vivía por esa calle, que acababa de salir del portal de su casa y que iba a coger el metro en Antón Martín. O quizás venía subiendo desde la plaza, pues había encontrado un sitio para desayunar por allí.

Isabel no sé si se llama así realmente. Pero, después de verla por las mañanas de lunes a viernes durante los casi tres años que viví en el barrio, pensé que tenía que asignarle un nombre. Barajé algunos y pensé que el que más se ajustaba era ese. Las siguientes opciones eran Elizabeth o Elisa. Aunque también pensé en un nombre más común, como de mujer española de la generación de los cincuenta o sesenta: Paqui, Conchi o Marisa.

Esa mañana me pareció que Isabel estaba igual, seguía teniendo cara de llamarse así. Su pelo tenía el mismo color rubio teñido, con algunas raíces canosas y otras más oscuras, y todavía daba esa impresión de pelo chamizo, reseco, como de haberse lo planchado durante mucho tiempo cuando todavía estaba mojado. Y llevaba también el mismo peinado hacia atrás, sujeto por una diadema de pasta.

Tiempo atrás era la única mujer que estaba por las mañanas en el bar Madroño. Yo salía de la casa un poquito antes de las siete, cuando todavía está oscuro durante casi dos tercios del año. Antes de cerrar la puerta del portal solía mirar hacia ambos lados para asegurarme de que no hubiera algún yonqui dando tumbos por ahí o no se escuchara ninguna pelea en calles aledañas. Salía hacia Miguel Servet y de ahí llegaba a la calle Valencia. En frente, antes de cruzar el paso peatonal, estaban las escaleras del teatro y el destello blanco de las luces ya encendidas del bar Madroño. Su horario de apertura, desde las seis de la mañana, lo convertía en un refugio por si me sentía amenazada por algo, una pelea se salía de control o si un ladrón o un

hombre borracho o drogado me perseguía. Voltear en esa esquina y ver la luz prendida era como encontrar un faro cuando un barco o un naufrago vuelve de ultramar. Imaginaba que si entraba, sonaría una campana, me recibiría un ambiente casero y acogedor, una bocanada de aire caliente y olor a café recién molido. Una vez dejaba el bar atrás, me aseguraba de que tenía el gas pimienta en el bolsillo de la chaqueta y comenzaba a subir la cuesta mirando hacia atrás constantemente.

A pesar de que para mí fuera un sitio de referencia para resguardarme, nunca llegó a serlo para salir a cenar, tomar algo o incluso desayunar. No solo por los horarios; entre semana el bar cerraba a las cuatro de la tarde y los sábados solo abría hasta el mediodía, sino porque, en el fondo, sentía que mi presencia sería una especie de interrupción en una existencia superior. Entrar por esa puerta podría significar cruzar un umbral que me llevaría a una realidad paralela, a un mundo de fantasía o extraño, a uno como los de las películas de David Lynch o Aki Kaurismäki.

Cuando llegaba a la esquina, antes de cruzar la calle, y veía la fachada del bar, alcanzaba a distinguir el rastro de las gotas de lluvia sobre las ventanas sucias, veía al mismo camarero alto y delgado, con uniforme de camisa blanca y pantalón negro, sirviendo leche en tazas de café apoyadas sobre filas de platos en la barra, mientras que con la otra mano le daba la vuelta hábilmente a tostadas y cruasanes en la plancha que tenía detrás. En la esquina del fondo solían sentarse dos señores a leer el periódico. De vez en cuando, había algún joven con una cerveza o un café en la barra y dos taxistas de pie tomándose una coca-cola. Pero siempre estaba Isabel

con su café con leche servido en vaso de caña y desayunos que variaban: el cruasán lo cortaba con un tenedor y un cuchillo, la media tostada (no alcanzaba a ver si era con tomate o mermelada y mantequilla) la comía con una mano y había días en que remojaba una porra en el café. Solía sentarse en la mesa de la esquina que daba a la ventana, mirando hacia afuera. Si no estaba allí, la encontraba en la mesa más cercana a la barra, apoyada contra la columna, al frente de la ventana que daba a la calle.

Me parecía fascinante que esa mujer tuviera el hábito de salir a desayunar todos los días y en el mismo bar. Si calculo más o menos cuánto le salía mensualmente un desayuno diario de lunes a viernes me dan unos sesenta euros, como mínimo. ¿En qué trabajaba para permitirse este gasto fijo al mes? Se vestía de forma muy sencilla, no aparentaba ser una persona con ingresos altos ni con un puesto de ejecutiva. También me preguntaba qué la llevaba a levantarse tan temprano para poder desayunar fuera de casa antes de ir al trabajo. ¿A qué hora entraría? Si desayunaba a las siete, supuse que a las ocho como pronto. Sin embargo, cuando la vi meses después, eran las nueve de la mañana. ¿Tardaba dos horas en desayunar? ¿Se había jubilado en el último año o había cambiado de trabajo?

Por las tardes, siempre me encontraba al mismo taxista cuando pasaba por ahí, justo antes del cierre. Solía estar afuera, fumando, apoyado contra la pared o contra su taxi, con una taza de café en la mano. Normalmente charlaba a través de la puerta semiabierta con los camareros, inclinando medio cuerpo hacia dentro, mientras sujetaba el cigarrillo por fuera. Aunque hubo un tiempo en que cuando lo

veía pensaba en él como «el nazi» porque una vez vi que les gritaba a dos inmigrantes africanos del barrio, nunca llegué a ponerle nombre y además nada me aseguraba que fuera un nazi, esto era solo una suposición por una pelea de la que yo desconocía el motivo. Lo que sí me gustaba pensar es que una mañana, en la que hubiera cambiado el turno, coincidiría con Isabel en el desayuno. Sería un flechazo a primera vista, ella no iría al trabajo, se montaría en el taxi y pasarían el día en Toledo o en la sierra de Madrid.

Fue gracias a él que sospeché que el bar había cerrado. A finales de julio, yo me había mudado a otro piso en un barrio a veinte minutos de Lavapiés. Le había rogado a mi novio, como una doncella pide que la rescaten, que me sacara de allí. No le veía sentido a pagar un alquiler tan alto para vivir en calles con jeringas usadas y tiradas entre los coches o en los portales, escuchar gritos y peleas a cualquier hora del día y ruido de obras en tantos pisos que estaban convirtiendo en alojamientos turísticos. Después de la mudanza, me fui de vacaciones y hasta septiembre no tuve motivos para visitar el barrio. Con la excusa de recoger un paquete cerca, me bajé en Lavapiés y pasé por el bar. Me extrañó no ver al taxista afuera fumando. Me fijé en que las persianas estaban bajadas y no vi ningún cartel que anunciara que habían cerrado por vacaciones.

Solo me quedaba comprobarlo en Google Maps, pero todavía no lo habían actualizado. Leí las reseñas y la mayoría, por lo que decían y por las fotos que compartían, se referían a otro bar Madroño, a alguno de los otros cinco o seis locales en Madrid con la palabra madroño en su nombre. Unos días después, lo volví

a revisar y ya la aplicación lo confirmaba con un mensaje rojo, casi sentencioso, que decía «Cerrado permanentemente».

Volví a mi casa imaginándome lo desolador que hubiera sido darme cuenta de esto una mañana en la que saliera temprano de mi anterior casa a la vuelta del verano. Antes de cerrar la puerta, miraría hacia ambos lados y, una vez en la calle, haría como el resto de los pocos transeúntes: por el frescor inesperado de las mañanas de principios de otoño, apretaría contra mi cuerpo una rebequita cruzada y encorvaría la espalda para sentirme más caliente. Doblaría la calle y llegaría al cruce; confundida por ver la luz apagada del faro, buscaría algún otro posible refugio.

Me quedé de pie en la esquina de Ave María con Tres Peces mientras una lluvia de preguntas se derramaba por mi cabeza. Pero no fui capaz de ejecutar ese abordaje intempestivo. La suela de los zapatos se había quedado pegada al cemento y mis talones parecían rellenos de arena, tan pesados que no pude moverme para acercarme a Isabel. Quería que me contara por qué había cerrado el bar Madroño, y de paso también que me dijera cuál era su nombre real y dónde estaba desayunando desde la clausura. En mi inmovilidad, solo pude seguirla con los ojos hasta que terminó de subir la cuesta y la perdí de vista. Luego me di la vuelta y continué bajando la cuesta hacia la plaza. En la mitad del camino, voltéé el cuello un par de veces hacia atrás mientras seguía bajando, como hace una tortuga cuando dobla el cuello para recoger restos de comida sin girar el cuerpo entero, para asegurarme de que Isabel ya no estaba.

Un par de noches después del encuentro, yo volvía de tomar algo con mis

amigas en Lavapiés. Eran ya las dos y media de la mañana y, aunque cruzar el barrio a esa hora me daba un poco de miedo, me negué a pagar un taxi y caminé siguiendo la calle del bar. Después de pasar por la plaza y de bajar por el andén derecho, llegué a la misma esquina antes del cruce. Me detuve y observé la fachada. El nombre, en letras amarillas sobre un cartel de hierro que imitaba el aspecto de un pergamino estaba intacto, pero las persianas seguían abajo, selladas y pintadas con firmas de grafitis, unas más grandes que otras, que no permitían que se distinguieran entre sí. Solamente entendí una frase: «Ayer dejé este grafiti». Suspiré, vi la hora y caí en cuenta de que ya quedarían cuatro horas para que abrieran: subirían las persianas, encenderían la luz blanca que se reflejaría en la calle todavía oscura y, a través de las ventanas, podría ver a los camareros y a los clientes, estáticos, justo antes de que comenzara el día, como figurantes de un cuadro enmarcado en ese toldo desgastado de triángulos verdes claros y oscuros, que el viento agitaba.

Crucé la calle y me apoyé de costado contra la pared. No venía nadie por delante, pero pensé que, si alguien me veía, no le parecería raro descubrirme así, deslizándome de un costado a otro, como sosteniéndome, evitando perder el equilibrio, pues mi movimiento podía ser producto de la embriaguez. Pegué con fuerza mi oreja a la persiana, intentando que mi oído atravesara el metal y el cristal y lograra escuchar algún murmullo o el golpe de una taza, el rebote de la fila de los platos cercanos sobre la mesa, el sonido de alguien arrastrando la silla para levantarse y pedir que le cobraran, dejando algunas monedas en la barra o en un platito de metal. Me

concentré en escuchar alguna voz que viniera de allí, del bar que había cerrado con sus camareros y clientes por dentro. Y la única persona que había logrado escapar era Isabel, esa mañana en que la vi subir la cuesta, por el andén derecho, a las nueve de la mañana, buscando un nuevo sitio para desayunar, mientras que yo bajaba por el andén contrario.

María José Ramírez nació en Cali en 1994 y se mudó a Madrid a los diecisiete años para estudiar Literatura Comparada. Tras un año en Londres, volvió con sus nueve cajas de mudanza y decidió quedarse. Ha cursado másteres en Gestión Cultural y en Literatura Hispanoamericana mientras trabajaba en instituciones culturales y asistía a talleres de escritura en Hotel Kafka y con escritoras como María Negroni y Mónica Ojeda. Actualmente, se prepara oposiciones para bibliotecas, aunque cada mañana, al cerrar la puerta para estudiar, en realidad escribe.

Conversación con mi abuelo

Por Hugo León Cida

A palabras emitidas por laringes defectuosas, trompas de Eustaquio en estado de letargo

Mi abuela

NIETO.— Sucede, querido Abuelo, que en un contexto de ocio como en el que ahora nos halla...

ABUELO.— En un bar bebiendo vino, como de costumbre. Habla claro, Nieto.

NIETO.— Sí, en un bar, Abuelo, llevas razón. En un bar, y bebiendo vino, claro, claro... Decía, Abuelo, que los españoles en los bares mostramos la hipocresía sin ningún remordimiento. Mira a

Madre cómo pregunta por los hijos de aquel matrimonio, y mira, sobre todo, cómo estira su sonrisa.

ABUELO.— ¡Menuda novedad, Nieto! Por lo que veo, te estás volviendo un observador. ¿Sabes lo que dicen en el pueblo sobre los amigos?

NIETO.— Claro que no, Abuelo. Nunca sé nada de lo que me cuentas.

ABUELO.— Saca, pues, la péñola y el pliego, que esto no te lo enseñan en la Universidad. Decían que no llames a alguien amigo sin antes comer con él una fanega de sal, porque en tiempos de higos todos son amigos.

NIETO.— Muy bien, Abuelo, pero... dime ¿qué es una fanega?

ABUELO.— Una fanega son cuatro cuartillas.

NIETO.— ¿Y cuatro cuartillas son...?

ABUELO.— ¡Una fanega, lechuguino! ¿Y el chiste te lo sabes?

NIETO.— Miedo me das, Abuelo, ¿qué chiste?

ABUELO.— Dice así: esto era un gato que corría por la pared con los pies de trapo y el culo al revés, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

NIETO.— Sí, imagi...

ABUELO.— Esto era un gato que corría por la pared con los pies de trapo y el culo al revés, ¿quieres que te lo cuente otra vez?

NIETO.— Me callo, me callo.

ABUELO.— No te calles, Nieto, que ya no te patojeo más. Recuerda que el sarcasmo es la herramienta de los inteligentes, y el agravio, la de los débiles. Y no olvides que los cachondos también se mueren. ¡Y un día antes!

NIETO.— Me queda claro, Abuelo, y antes de discutir con alguien, pregunto a mi interlocutor si sabe lo que es una mula.

ABUELO.— (Con profundísimo sarcasmo.) ¡Bebamos vino, que ya vienen las Musas!

*Timeo Danaos et
dona ferentes.*

Hugo León Cid (Juan Berrocal, «prestador» de leyes a Licurgo; Madrid, 3 de febrero de 2004) es estudiante del grado Español: lengua y literatura en la UCM. A día de hoy, no ha publicado más que este brevísimo diálogo que tiene Vd., querido lector, ante sus ojos. Su *maniera* no es otra que la sencilla y llana *imitatio*; su técnica literaria no peca de vanguardista, pues no quiere que le ocurra lo que al pintor Orbaneja de Úbeda que «si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: “Éste es gallo”, porque no pensasen que era zorra».

Ojos que ven y sufren, corazón que siente. Un borrador poético para pensar el ojo enfermo

Por José Pablo Álvarez Acosta

Te despiertas.

Mierda

Tus ojos no amanecen. (Los tienes
[lagañosos])

Mierda, no otra vez.

Sabes lo que significa.

Quieres llorar, pero ni siquiera los
puedes abrir. Y hace meses que ni
[lagrimeas]

¿Y esos ojos?

¿Cuáles?

Pues los tuyos.

¿Qué tienen?

Están rojos.

(Quieres decirle *Vete a la mierda,*

[pero solo fuerzas una sonrisa)
Pasé mala noche, es todo.

Yo creo que tienes conjuntivitis. Te molestan
[esos ojitos, ¿no?

Yo creo que eres un imbécil.

(Quieres arrancarle la cabeza, pero sabes
que no puedes arrancarte tus ojitos,
[solo suspiras)

Feliz Navidad, doctora.

Feliz Navidad; cuídate.

Que te cuides, dice ella, la que te deja tomar
alcohol porque sabe que así camuflas la irri-
tación que tus ojos gritan y que tus puños
aprietan.

¿Qué plan tienes mañana?.

Reclamar mis gotas.

¿Otra vez? *Mierda.*

No sabe qué decirte. Nadie sabe
[jamás qué decir. Ni siquiera tú.

Llevas meses, semanas, días, horas esperan-
do. Terminaste de leer el libro. Llamaste a
tu mejor amigo. Tu abuela te pidió un favor.
Contestaste correos. Adelantaste trabajos.
El WhatsApp está en silencio. Actualizaste
tu feed unas diez veces. Hay una guerra en
Europa, otra en Oriente, el país se desbarata,
quieres salvar a tus ojos.

Te llaman a ti. *Casi no.* Ruegas que
no se vaya la luz, que no se bloquee el sistema.

Buenos días. Estas gotas, por favor.

El farmaceuta mira la pantalla, te sonrío.

Están agotadas; te llegan a domicilio.

(Y, sin embargo, no conoces a nadie
que conozca esas gotas)

Está bien (quieres decir más que eso,
pero solo parpadeas; no rezaste lo suficiente.

mierda, otra vez.

Eres muy joven.

Sí, pero mis ojos no.

El farmaceuta te sonrío de nuevo y te da un
miserio papel (el pendiente); llama a un adul-
to mayor.

Los adultos mayores te miran, casi todos sen-
tados, aferrados a sobres a reventar de papeles,
las manos enguantadas, ansiosos, aburridos,
fríos, pelo blanco, la cara tapada con tapabo-
cas que ningún médico usa ya y con gafas anti
todo. Te analizan. Te juzgan.

Te envidian.

*El bicho raro de los ojos rojos. Un
enano entre gigantes. Un error.*

A veces dudas de tu enfermedad. Tú, que vas
en sudadera y con una bolsita a reclamar medi-
camentos, tres gotas mínimas.

Pero luego se te revientan los ojos en sangre, se
te inundan de lagañas, te los quieres arrancar,
pero ni los puedes llorar, y se te pasa.

*Modusik A, ciclosporina. Lagricel, hialuro-
nato de sodio. Freegen, carboxilmetilcelulosa.
Cuarenta ampulepac. Una gota cada doce,
cuatro, tres horas. En ambos ojos.*

El auxiliar de enfermería alza una
ceja. *Sí, ya son dos años de tratamiento.*
Te alegras de que puedas donar sangre.

A lo mejor así conservas por más tiem-
po la blancura efímera y artificiosa de tus ojos.

Nos vemos el próximo año; cuídate.

Te quedas en el umbral de la puerta.
Sostienes el pomo.

Sabes que te cuidarás lo suficiente como para
estar vivo en enero y poder reclamar la
fórmula por otros seis meses. Y así. *¿Has-
ta cuándo, doctora?* Hasta entonces. Enero.
Nunca. Su tapabocas guarda silencio.

Ya sabes cuál será tu plan de vacacio-
nes. Y de cumpleaños.

(Pero ella no lo sabe)

Es ya una costumbre visitarla. Como a una
amiga. Pedir una cita de control

(ni siquiera te cambias de tapabocas ¿para qué? la fórmula siempre es la misma ¿gracias?)

Las fechas siempre coinciden con tus semestres: son solo tareas, preparaciones. Solo.

Supiste que era algo grave cuando la doctora llamó a una colega.

La colega te sonrió a través del tapabocas; era una mujer joven y bonita.

Pero tampoco sabía. Nadie sabía.

Supiste que eras un bicho raro cuando te diste cuenta de que no paraban de mirarte, de leerte, de revisar los exámenes, de voltearte los párpados como si fueran de papel, de inyectarte unas gotas amarillas, de agarrar ansiosas el desinfectante, de teclear afanadas en sus celulares, de pensar en llamar a otro doctor, menos joven, al experto en córneas.

Y tú, sentado, ni podías llorar.

Cuando le dijiste que estudiabas psicología, sonrió.

Necesitamos psiquiatras.

Le dijiste que pensaste estudiar medicina para ser oftalmólogo, para tratarte a ti mismo.

Ella no sonrió más, tan solo te miró muy fijamente.

A veces piensas que ella también busca tu alma en tus ojos.

Un domingo, en casa de la abuela, comentas con tu tía abuela, su hermana, qué tal te fue reclamando las gotas. Es acaso lo único que tienen en común: compartir cuánto tiempo se demoraron, que la asignación de citas no funcionó, que se fue la luz o el internet, que apareció algún cliente abogado con ganas de demandar, que los adultos mayores (pero no ella) se equivocan de fórmula o no autorizan como debe ser, que los dependientes son así, que la tal sucursal es menos congestionada...

Luego revisan juntos sus fórmulas y autorizaciones, los nombres de los medicamentos (ella toma somníferos y antidepresivos, un cóctel para cualquier psicólogo clínico), revisan los números para ver cuál tiene la autorización con más dígitos, las fechas, para anotarlas...

Después ella te pregunta si acaso tus gotas le ayuden con su ojo rosado reseco, que tampoco puede llorar, que le irrita; tú le dices que sí, que posiblemente, le recomiendas a la doctora Aroca (para qué, si ella está con el doctor Ucrós, maestro de Aroca).

Sonríes, pero tú te quedas con las ganas de probar sus somníferos y antidepresivos. Quién quita: de golpe es eso lo que en verdad necesitas.

Conociste la tortura cuando te habló de corticoides. Acetona de triamcinolona

Guardas un frasco en la mesa de noche por si acaso.

Tienes las papilas muy grandes, como si fueran uvas por reventar de vino o de sangre. Las papilas rozan la córnea, por eso se te irrita, se daña, se enferma

también se te revienta (tratas de ser chistoso, pero quieres llorar: no puedes) Jamás habías visto a un oftalmólogo usar una aguja ¿no usan solo gotas, agua?

la doctora temblaba, el tapabocas le palpitaba

Con los puños apretados, mierda, debiste haberte arrancado los ojos

Pensaste que nada podría ser peor hasta que sentiste un líquido caliente en el ojo izquierdo

tu oveja negra, el paria de tu cuerpo Sí: te había reventado un vaso sanguíneo

mierda, dijo ella, y tú también mierda

Querías que tus ojos fueran blancos, sanos pero jamás así.

Ella ni siquiera te dejó desmayarte

la pesadilla sí es real (ya te pasó dos veces)
 Ves a la gente en la calle esos ojos tan
 blancos, limpios, sanos, perfectos.

*¿por qué no pueden ser los
 míos así?*

Somatizas todo en tus ojos, dice la
 abuela sabia.

¿quién decidió eso?
 Eres un bicho raro, pero no le deseas a
 nadie que le inyecten corticoides.

Eres una buena persona. *Un
 joven enfermo.*

La óptimetro de la óptica te pregunta lo usual,
 pero ella no alza la ceja como el auxiliar de
 enfermería. Alergia, dictamina ella.

A Bogotá, dices tú como en chiste.
 (*Conjuntivitis crónica aguda*, habías dicho, y
 ella añadió: y rinitis *¿algo más, Dios?*)

Ella sonrío y ríe. A la vida, queri-
 do. (Es una consulta gratuita).

Tú solo sientes en silencio el guayabo [la resa-
 ca] de anoche
 el alcohol sí disimula bien el rojo de tus ojos
 y alivia algún dolor.

José Pablo Álvarez Acosta es profesional en
 Estudios Literarios con énfasis en Escrituras
 Creativas de la Pontificia Universidad Javeriana
 de Bogotá (Colombia). Sus publicaciones más
 recientes incluyen un artículo sobre la utopía y
 la imaginación en la literatura latinoamericana,
 y una reseña sobre un libro translingüe producido
 por distintos centros de escritura latinoamericana
 y estadounidenses. Actualmente, está intere-
 sado en experimentar con nuevas formas poéticas.

Entre las ruinas

Por Iván Blanco Chacón

Caminamos en línea

They walked in line

Ian Curtis

Caminamos en línea. Caminamos
 en línea. ¿No lo ves? Nos alertaban
 tantos ojos... que sí, que confesaban
 la sangre con que nos amamantamos.

Niévalo. Caminamos. Desfilamos
 sobre la cuerda floja. Nos ataban
 ante el acantilado y decretaban
 la ruina que hoy por hoy apuntalamos.

Y es que no queda más; la Nada acaso,
 que pasa y pesa y niega bajo un cielo
 de ceniza. Como ángeles sin alas.

Como un punto final. Como un ocaso
 clavado en la raíz, y sobre el suelo
 el retrato de un niño entre las balas.

Coincidimos aquí

Coincidimos aquí, en sepulcro abierto,
 sangra en horas la llaga en nuestras manos.
 Si nos arrebataron los veranos
 aún nos queda el otoño de lo incierto.

Coincidimos aquí; coda y desierto,
 sobre desiertos campos y altozanos.
 Si ayer amaneció entre los manzanos
 hoy el lagar recibe al fruto yerto.

Un rescoldo prendido en camafeo
 de pedernal insomne rasga un manto
 de ébano y nardo astral. En la pupila

la arena nos reclama su trofeo
con su fragor de nube y camposanto
(tras la verja, el ciprés calla y vigila).

Entre las ruinas

[...]apuntalar las ruinas.
Rompe el mar
Blas de Otero

Una generación desarraigada
y otra que vi crecer entre las ruinas
gustamos, al amor de las sentinas,
el elixir salobre de la Nada.

Entre cascotes rompe la alborada,
repta y rapta y acusa en las esquinas.
Hijos de la traición, van entre espinas,
soñando mundos, al hombro la azada.

Soñando sin soñar, que aún eso deben
a interés nominal y colectivo.
Porque sí. Mayoría silenciosa.

Tienen de patrimonio un fuego vivo;
treguas acuerden y su voz eleven,
¡Adelante, mesnada victoriosa!

Iván Blanco Chacón (Madrid, 1978). Doctor en Matemáticas por la Universidad Complutense en 2012. Entre 2012 y 2018 realicé estancias postdoctorales en Helsinki y Dublín. Actualmente, soy profesor permanente laboral en la Universidad de Alcalá. Admirador del Siglo de Oro, la Generación del 27 y las primeras promociones de posguerra. Premio San Vicente de Paúl de Poesía, 1999, 10 accésit del I concurso de Poesía Villa de Beteta y del IV concurso de sonetos Hernán de Usero. He publicado varios poemas en *Librújula* y en *Letralia*. Autor de artículos de divulgación matemática (*El País* y *ABC*).

Ayer volví a encontrar los libros

Por Sofía Padilla Barreiro

Ayer volví a encontrar los libros
de los que hablábamos. Pensé
en colocar, anónima, unos pocos
por esos sitios nuestros,
como si alguien los olvidara
en el banco de un parque.

Como nos olvidábamos tú y yo
entre otras espinas,
y sin embargo el cuerpo
tiene hendiduras que ignoramos:
un gesto puede rescatar un nombre
del fondo de un estanque,
como lágrima o verso que resurge
de las tapas de un libro abandonado,
de los pliegues de un libro que no llora
tan solo y solo a veces
por esos que hubiéramos sido.
Son expurgados los ingenuos,
esos que creen que el amor muere
cuando las bocas olvidan los versos.

Sofía Padilla Barreiro (Madrid, 2003) es investigadora, apasionada de los idiomas y escribe poesía desde los catorce años. Se graduó en Literatura General y Comparada por la Universidad Complutense de Madrid en 2025. Ha publicado sus poemas en las revistas *Águila del Causaso* y *Ala Este. Revista de Creación literaria*. Concibe el cuerpo como espacio simbólico y la poesía como un arte en diálogo permanente con la musicalidad y lo pictórico.

La ciencia, ante todo

Por Andrea Carolina Cruz

A-48

Llegó a la universidad a las 9:08 como todos los martes.

Le sorprendió ver el colectivo vacío, pero no se inquietó. Recién habían vuelto del receso estival. Los nuevos autobuses no tenían conductor: manejaban solos conectados a la línea eléctrica que los guiaba de la terminal de la ciudad a los distintos predios. «Nueva adquisición de Suecia», revelaban las líneas del periódico de la Universidad: la inversión majestuosa que los estudiantes de ingeniería mecánica perfeccionarían para Mercedes-Benz. Se le infló el pecho de orgullo.

Se sacudió el recuerdo de la mente e ingresó a la institución. Los pasillos estaban aún más vacíos que el autobús. También le llamó la atención no haber sido recibido por ninguno de los conejos que normalmente, como si lo reconocieran, se le acercaban. A modo de ritual, daban vueltas interminables a su alrededor. Mientras, él avanzaba hacia el edificio, un poco indiferente a su compañía, hasta que se retiraban en procesión, dando pequeños saltos hacia los jardines lindantes del edificio.

La atmósfera era extraña: la luz se filtraba por las ventanas y los haces reflejaban las partículas que le recordaban las teorías de física que había aprendido durante sus estudios. Sonrió. Ahora, como profesor destacado después de muchos años de arduo esfuerzo, dictaba sus propios descubrimientos. Se había especializado en desarrollar teorías para analizar fenómenos extraños o casi inexplicables que ocurrían en el mundo. A medida que

avanzaba, sus libros parecían hacerle un guiño, relucientes detrás de las vidrieras en los pasillos que lo guiaban a su oficina.

Su investigación consistía en seguir indagando en el origen del universo. Su formación universitaria le impedía creer en ningún dios y lo aceptaba con toda naturalidad. No profesaba su ateísmo abiertamente, dada la naturaleza religiosa de la ciudad donde investigaba. Su lógica absoluta le impedía dejar pasar ningún detalle y, en sus tiempos libres, se dedicaba a leer a John Donne junto a la hoguera de su casa los fines de semana. Los metafísicos ingleses se habían vuelto su lectura preferida: «Arte y ciencia, qué combinación más perfecta», pensaba.

Vertió agua sobre el saquito de té de jengibre y limón que lo esperaba dentro de su taza blanca. La taza descansaba sobre un posavasos adornado con la versión miniatura de un cuadro de Monet: replicaba el mismo cuadro que le habían regalado después de su graduación. Observó la manera en que el té teñía el agua: tonalidades doradas danzaban sinuosamente hasta generar un color casi homogéneo. Recordó entonces su nueva aula. El correo que había recibido el viernes le avisaba que esta vez le tocaría un cambio: el salón A48 del nuevo edificio del Departamento de Geografía lo aguardaba para su nueva clase. La fastuosa aula tenía espacio para albergar a doscientos seis alumnos y contaba con una pantalla de cine gigante. Hoy dictaría una master class acerca de sus nuevos hallazgos sobre el Big Bang. Había preparado al dedillo la clase sobre la nueva teoría por la que lo habían galardonado con la última distinción internacional en física.

Una pequeña corriente eléctrica le recorrió la mano que sostenía con firmeza el

picaporte. Se detuvo un instante, desorientado. Titubeó y se dio vuelta: sonrió aún más al ver el premio con formas oblicuas y tornasoladas detrás del cristal que reflejaba la mayor distinción de su carrera. Hoy el objeto refulgía con un brillo distinto.

Caminó lentamente por el pasillo observando las partículas de luz que se movían de una manera inusual: condensadas en el reflejo de la luz, se apelmazaban una sobre otra en el aire, como si formaran una burbuja de pelotitas de distintos colores. Algo similar había visto al volver a su casa hacía muchos años, luego de haber contemplado la aurora boreal por primera vez. Recordó su fascinación ante tal fenómeno, pero no le dio mayor trascendencia, a pesar de un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Su mente analítica comenzó a procesar la información como una computadora: quizás había encontrado su próximo tema de investigación. Le brillaron los ojos. El corazón le dio un vuelco de emoción. Siguió caminando, cruzó la calle y llegó al edificio nuevo con calma. En el camino, no divisó ningún animal ni tampoco a ninguna persona, pero lo tranquilizó escuchar el ronroneo de los autobuses que llegaban a la parada. Sacó su calendario del bolsillo de la mochila, prolijamente guardado en el compartimento derecho del fondo, y observó: «A ver si todavía me equivoqué de fecha y estamos de nuevo en feriado». Su propensión a olvidar los días festivos se había vuelto recurrente: había dictado clases en tantos hemisferios que se permitía el pequeño desliz de no seguir a rajatabla las fechas patrias. Además, en vez de escuchar las noticias, se enteraba de qué día tendría libre durante la pausa para el café que compartía con sus colegas en la sala de profesores por las tardes.

Como su mundo giraba alrededor de sus investigaciones, esa resultó ser su mayor distracción oculta: dejarse sorprender por otros y no estar en control de seguir las fechas a rajatabla. Ni siquiera sabía bien cuándo llegaba el viernes: se anoticiaba de la buena nueva a través de los otros docentes o de algún empleado de la universidad. Empujó finalmente la puerta que le revelaba el aula majestuosa ante sí y miró el reloj: 9:48.

Todavía no había llegado ningún alumno. Sin embargo, ingresó, encendió la computadora y cargó la clase desde su pendrive. 9:57 y tenía todo listo.

Bebió su té. Humeaba con mayor intensidad que otras veces. Entre aburrido y molesto, comenzó a hacer un poco de percusión en la mesa con las dos palmas y los dedos índices para matar el tiempo: 10:02 y todavía no había rastros de ningún alumno. A las 10:15, tal como mandaba el reglamento, se puso de pie (totalmente disgustado) para dirigirse a rectoría a presentar una queja. Ante la inasistencia de esos impertinentes que no iban a clase, juntaría firmas con sus colegas y exigiría en la nota a las autoridades que los alumnos tuvieran asistencia obligatoria como requisito de aprobación del curso. «Qué malcriados están», bufó por lo bajo.

De pronto, la puerta se abrió. Frunció el ceño y se colocó los anteojos, pero no vio a nadie. Comenzó a acercarse a las escalinatas para averiguar qué sucedía. Se quitó las gafas: lo sorprendió un sonido extraño que se volvió un ruido ensordecedor, se tapó los oídos y cerró los ojos. Al abrirlos, el andar torpe de un animal lo hizo aguzar la visión: sí, era un ganso que avanzaba a su propio ritmo, dejando tras de sí círculos blancos y oscuros en

las escaleras. «Encima, el asqueroso va a ensuciar todo», pensó. Lo echaría a los gritos, pero, antes de que pudiera emitir algún sonido, la puerta volvió a abrirse. Esta vez, un ciervo joven se contoneaba con un poco de torpeza hacia el frente de la sala con toda la calma del mundo. Lo más extraño fue que el animal llevaba puesto el nuevo diseño del buzo de la institución que él había visto en exhibición en la tienda la tarde anterior.

«Esta broma de mal gusto la van a pagar en el examen final», vociferó haciendo eco en la sala, ahora muda. El ciervo siguió descendiendo por las escalinatas y se sentó en la primera fila. Antes de que pudiera espantar a los animales, la puerta volvió a abrirse, y un desfile de conejos de distintos tamaños ingresó a los saltos. Luego, aparecieron patos con sus crías y, finalmente, un grupo de cuises. Al grito de «shush», y «salgan de acá ahora mismo», agitó los brazos para alejarlos, pero ninguno se dispuso a moverse. Por el contrario, comenzaron a mirarlo fijamente y a emitir todo tipo de bramidos y graznidos que lo ensordecieron. Se tapó los oídos con las manos y salió a toda velocidad de esa sala llena de olor salvaje e inmundicias que los animales dejaban a su paso. Con los zapatos llenos de pasto y desperdicios, se apresuró a cruzar la calle y emprendió camino al rectorado.

En los pasillos, comenzó a ver todo tipo de animales: carpinchos y armadillos se paseaban por la universidad luciendo remeras, gorras, shorts y camperas de la institución.

Intentó mantener la calma hasta que comenzó a sentir la respiración agitada y un dolor en el pecho. Apoyó una mano contra la pared; jadeó con dificultad hasta

que se sentó. Cerró los ojos para calmarse. Todo le parecía una locura. Pensó en una explicación lógica, acusando en su mente a los alumnos que le estaban jugando una mala pasada. También conjeturó que los animales de la reserva cercana se podrían haber escapado hacia la universidad como había ocurrido en la pandemia. La ropa que llevaban puesta los animales debía ser sin duda idea y obra de los de cuarto año, reconocidos por los disturbios que hacían.

Se recompuso y abrió los ojos. Quiso seguir avanzando, pero no pudo. Intentó caminar de nuevo y sintió cómo se ladeaba para apoyar los pies. Esperó a que cesara el mareo y caminó por el pasillo de enormes ventanales que lo conducía al decanato. (La situación era de una emergencia tal que pediría cita urgente con el decano. Lo atendería de inmediato. Estaba seguro). Mientras pensaba en las palabras que articularía, gritó con horror, pero en vez de escuchar su voz, solamente recibió el eco de otro sonido ensordecedor. Vislumbró una imagen. Se acercó aún más y apoyó la cara contra el cristal. El espejo le develó por fin la verdad: un cisne gigante graznaba y lo miraba, desconfiado, con el pico apoyado contra el vidrio.

En el laboratorio

El tubo refulgía con un líquido espeso y azulado. Las burbujas generaban un vacío transparente en medio de los colores que se volvían tornasolados. A su alrededor, los tubos de ensayo se multiplicaban con sustancias de todo tipo. Tomó la muestra que tenía células madre. A pesar de ser diminutas, el tono plateado le hizo recordar el mercurio de los termómetros cuando era pequeña.

Volvió al presente. Ingresó con muchísimo cuidado las células madre en uno de los tubos y con los comandos de la computadora gigante comenzó a abrir las compuertas para que se fusionaran los elementos con las células. Al unirse los distintos compuestos, una sustancia viscosa de distintos colores brilló con intensidad hasta que un tono violáceo refulgió con pintitas doradas. El líquido viajó a toda velocidad hasta el recipiente también azulado que tenía forma de aparato digestivo e ingresó por un catéter muy pequeño hasta el ombligo de una criatura que flotaba en el vientre científico que la albergaba.

La mujer, con fascinación ante lo artístico de la escena, corroboró los milagros de la genética. La criatura adquirió forma de bebé: abrió los ojos y sus miradas se cruzaron. Pudo ver (y hasta oír) el océano y las gaviotas adentro de las pupilas gigantes del diminuto ser. Volvió a cerrarlos y entró en estado de latencia de nuevo.

Un brazo metálico tomó a la criatura con muchísima delicadeza y la trasladó hacia un tubo gigantesco que era otro vientre y tenía una sustancia más liviana e incolora. De pronto, se abrió, y el bebé se deslizó por otro tubo que lo depositó en una cápsula llena de una sustancia azul que lo albergaría por otros tantos años hasta que despertara. Feliz por su nueva creación, el corazón le dio un brinco, y ella se sintió omnipotente por un instante. Sin embargo, comprendió que lo que había ocurrido era un milagro de la ciencia y otros misterios que aún no podía terminar de develar. Ella era solo la que ejecutaba esos experimentos, un engranaje más en la cadena de creación de esos seres.

Se colocó el guardapolvo especial e ingresó el código. Esperó a que el reconocimiento facial le diera paso hacia la habitación. Hizo el recorrido de rutina alrededor de los tubos gigantes con los distintos seres que flotaban en una realidad que ella desconocía por completo, pero admiraba en silencio imaginando las distintas posibilidades que había leído o que se desplegaban en su imaginación. Se apoderó de ella la misma paz que la había abrazado en el templo budista que resguardaba las perlas de los budas en su ciudad natal. Pensó que levitaba.

Fue anotando todo en su cuaderno. Los hombres y las mujeres descansaban en su sitio dentro de las cápsulas, ajenos y ajenas al mundo exterior, enhebrando, quién sabe cómo, sus propias historias mudas para cuando despertaran mientras flotaban en la sustancia onírica que los acunaba. Al terminar la inspección de rutina, se acercó a la puerta y pasó desapercibida por delante de un tubo con aguas embravecidas. Dentro, un hombre de mediana edad abría los ojos y la miraba. Sin notar nada, siguió caminando, concentrada en los informes sin percatarse de que el tubo comenzaba a vaciarse y abría sus compuertas. Solo cuando estaba por pulsar el botón de salida, le pareció percibir una exhalación. Le restó importancia. Cuando estaba por cruzar la compuerta, escuchó pasos detrás de sí. Al darse vuelta, un hombre la miraba fijamente. No pronunció palabra alguna.

Le miró las pupilas. Dentro había imágenes que nunca había visto hasta que sus ojos comenzaron a reflejar galaxias.

—¿Estás listo entonces? —preguntó con suavidad.

—Quiero ver las opciones que tengo —respondió él.

Le indicó que la siguiera. Este sería uno de aquellos especímenes con falta de sociabilidad, pero se las ingeniaría, pensó. En su andar se podía percibir una inteligencia asfixiante.

Llegaron a la computadora, abrieron los archivos y revisaron las características del hombre. El algoritmo seleccionó distintas posibilidades y un sinfín de hologramas presentaron opciones con distintas personas, realidades y mundos.

—Voy a ir a ese mundo —señaló el hombre.

—Ah. Buena elección. Entiendo por qué —sonrió la científica.

Cuando el hombre se acercó a la cápsula del tiempo, la mujer le recordó: —Dos cosas: Primero, tenés que vestirte. No podés llegar así, desnudo, al mundo. Podés elegir la ropa que más te agrada en la habitación contigua. Segundo, te pido que seas gentil con ella. Tiene una creatividad inusual y un mundo interior bellísimo.

La científica le mostró una foto y un video de la joven. Se tomó un largo rato para contemplar todo y quedó absorto en las imágenes proyectadas.

Sin decir palabra, el hombre se dirigió al vestidor, eligió la ropa del siglo XXI que más le gustó, pero, como si se hubiese olvidado de algo, volvió a su encuentro.

—Así que un mundo interior hermoso... Bueno, vamos a revolucionarle el mundo entonces.

—No te estarás enamorando de ella, ¿no? —lo increpó.

El hombre sonrió, se mantuvo en silencio unos instantes y, finalmente, respondió:

—Digamos que no va a poder deshacerse de mí tan fácilmente.

Una vez que se vistió con la ropa que había elegido con cuidado, el hombre se aproximó al portón, se dirigió hacia la cápsula y se adentró en una luz blanquísima hasta que desapareció detrás de las puertas que se cerraron abruptamente. La científica sintió nostalgia, pero supo que su misión estaba cumplida.

*

Era de noche. Escuchó una voz. Despertó.

«Otra vez...», pensó. Pero esta vez era una voz masculina. Se levantó y caminó hacia el escritorio. Un susurro constante no la dejaba en paz: sus propias palabras se iban hilvanando en su mente. La invadió el impulso de escribir. Se imaginó el escenario en un laboratorio y un profesor que llegaba en ómnibus a la universidad donde trabajaba. Luego se le aparecieron una cápsula en donde el profesor se había gestado y el aula donde transcurriría la historia. Le parecieron ideas inconexas, pero escribió con desenfreno. Al terminar el cuento, sin saber por qué, Virginia eligió un título: «A-48», dijo en voz alta para sí.

Cuando terminó de tipear el número, levantó la vista. En penumbras, un hombre con ojos de mirada infinita le sonreía mientras la contemplaba trabajar.

Andrea Cruz (Buenos Aires, 1985) es doctoranda en letras, licenciada en Literatura inglesa y traductora literaria. Es autora de *Quién es noche. Relatos más allá del umbral editorial* (2024, Griselda García Editora), traducido al alemán y, también, al inglés por ella misma y Bernard McGuirk. Está preparando otro libro de cuentos fantásticos y un poemario. Sus intereses son la escritura experimental y lo fantástico.

Cicatrices, despertares y presencias

Por Guadalupe Zorrilla



Finca La Lilia, La Colonia Montecaseros, Mendoza, Argentina.

Ojo a la fuente

Y aún hay belleza en el árbol calcinado,
en sus cicatrices ennegrecidas, recuerdos de
[dónde venimos.
En sus tiernas flores, susurros de que
[renaceremos de la ceniza.

Mas para florecer de verdad, debemos hacer
[las paces con el pasado.
Seguir las cicatrices, ellas dieron forma a lo
[que somos.

Nos guiarán de regreso a la fuente
cuando estemos perdidos.



Cataratas de Iguazú, Misiones, Argentina.

Sentidos, despierten

silencien el bullicio;
entumecidas laten las raíces de mi pensar.

Ya olvidé lo que era la incomodidad,
el algoritmo me la robó del recuerdo.



La Colonia Montecaseros, Mendoza, Argentina.

Sábado por la tarde

Cuando las presencias se convierten
[en ausencias,
el eco de una voz en la cocina
se vuelve más fuerte que el silencio.

La rutina que nos estancaba
se convierte en lo que más nos moviliza:
un café compartido,
el roce fugaz de una mano en el pasillo.

Aquello que dábamos por sentado
se convierte en el bien máspreciado.

Cuando la costumbre se convierte
[en añoranza,
la vida nos sacude con impulsos primitivos,
recordándonos nuestra humanidad,
nuestro deseo de aferrarnos
a lo que no sea descartable ni efímero.

Y entonces,
cuando el aburrimiento se hace poesía,
la tarde se abre como un libro
que ya no queremos cerrar.

Guadalupe Zorrilla es profesora en Lengua Inglesa y se encuentra próxima a defender su tesis de grado en Filología Inglesa en la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina). Ha participado como expositora en ámbitos nacionales e internacionales y es autora de artículos publicados en *The Merton Seasonal* y *En la Mira. La Educación Superior en Debate*. Su trabajo «Water, Wood and Wonder: Contemplative Thought in Thomas Merton and Sergio Bongiovanni» será publicado en *The Merton Annual*. Su escritura y su perspectiva se orientan a la literatura contemplativa, formación ética e integral y al vínculo entre palabra y paisaje, ámbitos que también explora a través de su poesía y fotografía.

Autobiografía de J.

Por Juan Pablo Arboleda

Mana, el tío se murió.

No me acuerdo cuándo exactamente murió el tío. Hace un mes o menos. Realmente no sé.

Mana, murió mi tío. La mamá me llamó. No, fue mi papá «el tío está en la UCI de nuevo, ya no metaboliza la morfina» «el tío ha generado alergia a la morfina»

«al tío lo pusieron en sedación profunda»

Porque decir que está muerto es mucho. El tío aún respira.

Los pulmones se le hincharon, Mana, y se le desinflaron dolorosamente una noche más.

Unas horas más de globo de carne.

Unas horas más de bolsa sufriente.

De un corazón presurizado, empujando sangre envenenada. Una noche más.

El tío moría hace rato. La infección, el cáncer, el bulto en la espalda supurando pus.

El olor

La mirada.

Y el tío sabía que estaba muriendo, y no pudo, Mana, no pudo no llorar. Lloró cuando me despedí, para irme a Europa, lloró porque sabía que no me volvería a ver. Lloró porque moría y moría miserablemente.

Con la casa sucia,

Con el Alzheimer de la tía

Con los nietos enfermos

Con los hijos in-
documentados

Con las deudas
con las deudas.

Y murió gritando, Mana, porque mu-
rió en silencio. Porque le
dolía tanto que para

Porque le dolía tanto que luego

Porque le dolía tanto que ahogaron

Su grito en sueño. Te llamé ese día,
hace un mes, o algo así. *Te llamaba porque
me llamó la mamá y no se si sabías, pero pu-
sieron al tío en sedación profunda, la droga
no le hacía nada, y no sé, estoy tan lejos, no
sé mana, pero papá dijo que se moría esta
noche, y eso espero, y no sé si sabías.*

Sí sabías. Ya sabías.

El tío murió esa noche.

—Hola, Juan. Me contó Carito de/ la
muerte de tu tío. Lamentamos/ mu-
cho. Que el señor fortalezca/mucho
a tu familia. Un abrazo.

—Hola, sí, ya lo cremaron. Descansó/
por fin luego de una enfermedad muy
/maluca. Muchas gracias, un abrazo.

—Sí, descansó.

Sí, descansó

Me imagino, Mana,

porque estoy muy lejos y no me queda más
que imaginar que el tío gritaba, le inyec-
taron, y luego dejó de gritar.

¿Pero es eso dejar de gritar? ¿Y si
congelaron para siempre el alarido?

¿Y si morir

Gritando

Es infinitar

Sufriendo?, como

Congelado-fotográfico-pétreo

(como si solo quedara el dolor)

Mana, dime, ¿qué pasa si quedan
solo las orugas astilladas bajo la piel?

Las uñas molidas cual café. Las córneas

mordidas por los hongos. Las hormi-
gas conquistando la tripa. El bulto
canceroso. La ceniza revuelta de ceni-
za (de otros bultos, de otras gentes)

Mana, ¿qué hago si llora mamá?

Desde el núcleo de su infancia. Si niña
mamá llora,

¿qué hago?

Juan Pablo Arboleda Giraldo estudia Lite-
ratura General y Comparada en la Universidad
Complutense de Madrid. No ha publicado con
anterioridad. Escribe principalmente cuento,
sin embargo ha incursionado en poesía, ensayo
y guión (cinematográfico y teatral). Le inspiran
autores vivos como Laura Ortiz, Andrea Mejía
o Anne Carson y muertos como Andrés Caice-
do, Fernando Molano Vargas o Manuel Puig. Es
fotógrafo en sus tiempos libres.

Miscelánea

El sueño de la sultana

Por Marcos Pinedo (trad.)

Rokeya Sakhawat Hossain

Sultana's dream

Me encontraba una noche descansando en un sillón de mi dormitorio, divagando sobre la condición de la mujer india. Si mal no recuerdo, estaba plenamente despierta, aunque es posible que llegara a adormilarme. En el cielo, iluminado por la luna, se distinguían nítidamente miles de estrellas que brillaban como diamantes.

De pronto, una dama apareció ante mí. Cómo consiguió entrar es algo que aún no he averiguado. Pensé que era mi amiga, la hermana Sara.

«Buenos días», dijo la hermana Sara. Sonreí para mis adentros, ya que no era de día, sino de noche, y brillaban las estrellas. Pese a todo, le contesté preguntándole cómo estaba.

«Estoy bien, gracias. ¿Saldrías conmigo a dar un paseo por nuestro jardín?».

Después de mirar una vez más la luna a través de la ventana abierta, decidí que quizás no fuese mala idea salir a esas horas: afuera, los sirvientes dormían

profundamente y podría conversar plácidamente con la hermana Sara.

La hermana Sara y yo solíamos pasear cuando estábamos en Darjeeling. A menudo, recorríamos sus jardines botánicos y caminábamos de la mano, hablando despreocupadamente. Imaginé que la hermana Sara había venido a buscarme para llevarme a uno de esos jardines, así que acepté de inmediato su propuesta y me fui con ella.

Ya fuera descubrí, para mi sorpresa, que hacía un día espléndido: la ciudad había despertado y el bullicio inundaba las calles. De pronto, al pensar que había salido a plena luz del día, me sentí insegura, aunque no había un solo hombre a la vista.

Pese a que no entendía el idioma que hablaban, tuve la certeza de que algunas transeúntes hacían bromas sobre mí.

—¿Qué dicen? —pregunté a mi amiga.

—Que tienes un aspecto muy masculino.

—¿Masculino? ¿Y eso por qué?

—Según ellas, pareces tímida e insegura, como los hombres.

—¿Tímida e insegura como los hombres? —. Sin duda, se trataba de una broma.

Cuando descubrí que quien me acompañaba no era la hermana Sara, sino una desconocida, me puse muy nerviosa. ¿Cómo había sido tan despistada como para confundir a aquella dama con la hermana Sara, mi querida amiga de toda la vida?

Al caminar de la mano, notó temblar mis dedos.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó mostrándose cercana.

—Me siento un poco incómoda —contesté casi a modo de disculpa—. Como mujer pura que soy, no estoy acostumbrada a salir a la calle sin velo.

—No tengas miedo, no vas a encontrarte con hombres por aquí. Esta es la Tierra de las Mujeres, una tierra libre de pecado y sufrimiento donde reina la auténtica virtud.

Poco después, me encontré rodeada por un bellissimo e impresionante paisaje. El suelo por donde pisaba era de verde hierba y sentía como si caminase por una mullida moqueta de terciopelo. Al mirar hacia abajo, encontré un sendero cubierto de musgo y flores.

—Esto es precioso —dije.

—¿Te gusta? —preguntó la hermana Sara. Continué llamándola «hermana Sara», y ella me llamaba por mi nombre.

—Me encanta, pero preferiría no pisar estas flores: son tan bellas y acaban de brotar...

—No te preocupes, mi querida Sultana. Son flores silvestres y tus pisadas no les hacen ningún mal.

—Este lugar parece un jardín —observé entusiasmada—. Cada planta y cada flor está colocada con tanto esmero...

—La Calcuta de la que vienes podría convertirse en un jardín aún más

hermoso que este si tus conciudadanos se lo propusieran.

—Dedicar tanto tiempo a flores y plantas les parecería una pérdida de tiempo y siempre encontrarían algo más importante en lo que trabajar.

—¡La excusa perfecta, vaya! —respondió sonriente.

Me pregunté, curiosa, dónde estaban los hombres de aquella tierra. En nuestro camino no habíamos visto ni uno, pero sí a más de cien mujeres.

—¿Dónde están los hombres? —pregunté.

—En el lugar que les corresponde.

—¿Y cuál es ese lugar, si puede saberse?

—¿Cómo no se me había ocurrido? Es la primera vez que vienes, es normal que no conozcas nuestras costumbres. Aquí encerramos a los hombres en casa.

—¿Igual que nosotras nos quedamos en la *zenana*¹?

—Exactamente igual.

—¡Es curioso! —exclamé sin poder evitar una carcajada que contagié a la hermana Sara.

—Pero, querida Sultana, ¿no te parece injusto encerrar a mujeres inofensivas para dejar sueltos a los hombres?

—¿Por qué lo dices? No es seguro salir de la *zenana*; las mujeres somos débiles por naturaleza.

—Es normal que no os sintáis seguras cuando los hombres deambulan por las calles. ¿Acaso alguien se sentiría seguro si una bestia salvaje entrase en un mercado?

—¡Por supuesto que no!

—Imagina que una banda de locos escapase del manicomio y empezasen a cometer fechorías contra hombres,

1 Zona de la casa reservada a las mujeres y su séquito (*N. del T.*).

caballos y otros animales. ¿Qué harían tus conciudadanos?

—Intentar detenerlos y devolverlos al manicomio.

—¡Exacto! ¿Te parece acertado, entonces, mantener encerrado al cuerdo y dejar suelto a quien no lo está?

—¡Desde luego que no! —respondí riendo tímidamente.

—Pues eso es justo lo que ocurre en tu tierra, donde los hombres, pese a ser capaces de cometer cualquier fechoría, campan a sus anchas mientras las mujeres permanecen encerradas en la *zenana*. ¿Cómo podéis vivir tranquilas con esos inútiles sueltos en las calles?

—Las mujeres no tenemos voz ni voto en la vida pública. En la India, los hombres son dueños y señores, con plenos poderes y privilegios. Por eso nos encierran en la *zenana*.

—¿Por qué toleráis que os encierren?

—No podemos evitarlo, ellos son más fuertes.

—También los leones son más fuertes que los seres humanos, y no por eso nos dominan. Os habéis descuidado y, al no velar por vuestros intereses, os han arrebatado los derechos que os corresponden.

—Pero, querida hermana Sara, si todo lo hiciéramos nosotras, ¿qué sería de los hombres?

—Los hombres son unos inútiles y lo único que deben hacer es quedarse en la *zenana*.

—¿Pero cómo íbamos a atraparlos y encerrarlos a todos? —pregunté—. Y, aunque lo consiguiéramos, ¿seguirían controlando la política y el comercio desde la *zenana*?

En lugar de contestar, la hermana Sara esbozó una sonrisa amable, quizás

pensando que toda explicación sería en vano para quien no podía ver más allá, como la rana de la fábula acostumbrada a vivir en el fondo de un pozo.

Finalmente llegamos a casa de la hermana Sara, de techo metálico y ondulado y situada en medio de un bellissimo jardín con forma de corazón. Era más fresca y agradable que cualquiera de nuestros magníficos edificios, y me sorprendió lo limpia y bien amueblada que estaba, además del buen gusto con que la había decorado.

Nos sentamos la una junto a la otra, y del salón trajo una labor en la que empezó a bordar un patrón.

—¿Sabes bordar y manejar la aguja?

—¡Claro! En la *zenana* no tenemos otra cosa que hacer.

—¡Nosotras jamás dejaríamos bordar a los hombres en la *zenana*! —aclaró entre carcajadas la hermana Sara—. ¡Ni siquiera tendrían paciencia para hacer pasar el hilo por el ojo de la aguja!

—¿Todo esto lo has hecho tú? —le pregunté señalando una serie de tapetes de mesa bordados.

—Sí.

—¿Y de dónde sacas el tiempo? ¿No te encargas, además, de todo tipo de gestiones?

—Así es. Pero no paso mis días trabajando; es más, me bastan dos horas para terminarlo todo.

—¿Dos horas? ¿Cómo es posible? En mi tierra, los hombres de la administración, como los jueces, trabajan siete horas.

—He visto a algunos de esos hombres durante su jornada. ¿Crees que se dedican esas siete horas a su labor?

—¡Desde luego que sí!

—Te equivocas, querida Sultana: buena parte de ese tiempo lo pierden fumando,

y algunos se fuman dos y hasta tres cigarrillos durante su jornada. Hablan mucho de su trabajo, pero hacen más bien poco. Si en fumar un cigarrillo se tarda, digamos, media hora, un hombre que se fume doce cigarrillos al día dedicará seis horas diarias únicamente a esa actividad.

Hablamos de esto y de aquello, y aprendí que allí no había epidemias, ni sufrían las picaduras de mosquito que en nuestra tierra sí sufrimos. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue que, en la Tierra de las Mujeres, nadie moría nunca joven, salvo por algún accidente muy poco habitual.

—¿Te gustaría ver la cocina? —me preguntó.

—Me encantaría —contesté, y allí nos dirigimos. Por supuesto, los hombres la habían dejado recogida antes de que yo entrara. La cocina se situaba en medio de un hermoso huerto en el que cada enrame y cada tomatera eran ornamentos en sí mismos. Allí no había humo ni chimenea, ni rastro de carbón ni lumbre. Todo estaba limpio y entraba la luz, y las ventanas estaban decoradas con flores del jardín.

—¿Cómo cocinas? —pregunté.

—Con el calor del sol —contestó al tiempo que me enseñaba una especie de tubería por la que llegaban la luz y el calor del sol acumulados. A continuación, se puso a cocinar para mostrarme el proceso.

—¿Y cómo reúnes y almacenas el calor del sol? —pregunté asombrada.

—Déjame que te cuente parte de nuestra historia. Tres décadas atrás, nuestra reina actual heredó el trono con tan solo trece años, aunque se trataba únicamente de un cargo simbólico, ya que quien realmente gobernaba era el primer ministro.

»A nuestra querida reina le encantaba la ciencia, y promulgó una orden según la

cual todas las mujeres de esta tierra deberían recibir una educación. Así, se abrieron varias escuelas para mujeres que contaron con financiación del Gobierno y la educación se generalizó entre nosotras. Además, se puso fin al matrimonio infantil y se prohibió que ninguna mujer se casase con menos de veintiún años. No olvides que, antes de estos cambios, la segregación de la *pardah*² era muy estricta aquí.

—¡Qué distinto es todo ahora! —me reí.

—Sigue habiendo reclusión, pero no la sufrimos nosotras. En cuestión de unos pocos años, empezamos a disfrutar de universidades de mujeres en las que no se permitía el acceso a los hombres.

»En la capital, donde vive la reina, hay dos universidades, y en una de ellas se inventó un impresionante globo al que se añadieron una serie de tuberías. Desde abajo, se consiguió mantener este globo a flote por encima del manto de nubes y, gracias a él, la universidad extraía agua de la atmósfera a voluntad. Tanto fue así que dejaron de formarse nubes y, gracias al ingenio de la rectora, desaparecieron la lluvia y las tormentas.

—¿De verdad? ¡Ahora entiendo por qué no hay barro! —exclamé. Pese a todo, seguía sin comprender cómo conseguían almacenar el agua en las tuberías. Aunque me lo explicó, dados mis escasos conocimientos científicos, me resultaba imposible seguirla.

—La noticia provocó que cundiera la envidia entre las demás universidades, que rápidamente intentaron inventar algo aún más extraordinario —prosiguió ella—.

2 Segregación u ocultación de las mujeres ante aquellos hombres que no son sus familiares directos (N. del T.).

Así, diseñaron un artilugio que permitía recoger todo el calor del sol que se deseara, y mantuvieron el calor almacenado para, posteriormente, distribuirlo según fuese necesario.

»Mientras las mujeres se dedicaban a la investigación científica, los hombres de esta tierra estaban ocupados haciendo crecer su poderío militar. Cuando se enteraron de que en las universidades de mujeres se había conseguido extraer agua de la atmósfera y calor del sol, empezaron a burlarse de sus investigadoras, y a calificar el hallazgo de «pesadilla sentimental».

—¡Qué fantásticos descubrimientos! Cuéntame ahora cómo conseguisteis encerrar a los hombres en la *zenana*. ¿Tuvisteis que detenerlos?

—No.

—¿Cómo iban a renunciar por voluntad propia a una vida de libertad para encerrarse entre las paredes de la *zenana*? ¡De alguna manera hubo que dominarlos!

—De hecho, eso es lo que ocurrió.

—¿Y quién lo consiguió? ¿Un grupo de guerreras, quizás?

—No, no se consiguió por la fuerza.

—Lógico; los hombres son más fuertes que las mujeres. ¿Y entonces...?

—Usamos el cerebro.

—Pero si hasta su cerebro es más grande que el de las mujeres... ¿O no?

—Lo es, pero ¿qué importa eso? También los elefantes tienen el cerebro más grande y pesado que el de los hombres, y eso no impide al hombre dominar a los elefantes y servirse de ellos a su antojo.

—Sin duda, tienes razón. Pero, entonces ¿cómo fue posible? ¡Me muero por saberlo!

—El cerebro de las mujeres es más rápido que el de los hombres. Hace diez años,

cuando los oficiales del ejército llamaron «pesadilla sentimental» a nuestros descubrimientos científicos, algunas jóvenes quisieron responder. Sin embargo, las dos rectoras las contuvieron, y sugirieron que, si la oportunidad se presentaba, era mejor contestar con actos que con palabras. Y lo cierto es que la ocasión no tardó en presentarse.

—¡Qué emocionante! —exclamé entre aplausos—. Ahora son esos caballeros tan orgullosos los que tienen «pesadillas sentimentales».

—Poco después, llegó a nuestra tierra en busca de refugio gente del país vecino que se había metido en problemas por cuestiones políticas. Su rey, más preocupado por acumular poder que por el buen gobierno, pidió a nuestra bienintencionada reina que entregase a los refugiados a las autoridades de su país, algo a lo que ella, por principios, se negó. La negativa provocó que el rey nos declarase la guerra.

»De inmediato, los oficiales de nuestro ejército se pusieron en pie para combatir al enemigo; sin embargo, el enemigo resultó ser superior. Sin duda, nuestros soldados lucharon con valor, pero eso no bastó para impedir los avances del ejército extranjero, que se disponía a invadirnos.

»Casi todos los hombres partieron al frente; ni siquiera los chicos de dieciséis años se libraron. La mayoría de nuestros combatientes murieron y el resto no tuvo otra opción que retirarse. Solo 40 kilómetros separaban al enemigo de la capital.

»En el palacio de la reina se reunió un consejo de sabias mujeres para decidir qué podía hacerse para evitar la invasión: algunas sugirieron luchar como soldados; otras se opusieron alegando que las mujeres no estaban acostumbradas a manejar

espadas ni armas de fuego, ni a combatir con armas de ningún otro tipo. Hubo un tercer grupo que, con tristeza, señaló que a las mujeres les faltaba fuerza física.

«Si no podéis salvar a vuestro país por la fuerza —dijo la reina—, ¿por qué no usar la inteligencia?»

»Durante unos minutos, se hizo un silencio sepulcral que solo se rompió con las palabras de su majestad: “Si pierdo mi país y mi honor, solo me queda el suicidio”.

»Habló entonces la rectora de la segunda universidad (en la que se capturaba el calor del sol), que durante la reunión había estado reflexionando en silencio. La derrota parecía irremediable y apenas quedaba nada a lo que aferrarse. Sin embargo, ella tenía una idea: su primera y última propuesta. Si no daba resultado, el suicidio se convertiría en la única alternativa. Las allí presentes prometieron solemnemente no dejarse jamás someter, costase lo que costase.

»La reina dio efusivas muestras de agradecimiento y pidió a la rectora que pusiera en marcha su plan. La rectora, puesta en pie, hizo su propuesta: “Antes de partir, los hombres deben entrar en las *zenanas*. Rezo esta oración por el bien de la *pardah*”. “Adelante”, contestó su alteza real.

»Al día siguiente, la reina llamó a los hombres a retirarse a las *zenanas* en nombre del honor y la libertad. Heridos y agotados como estaban, recibieron la orden como una bendición y, con una reverencia, entraron en las *zenanas* sin la más mínima protesta. Ninguno de ellos albergaba la más mínima esperanza en el futuro del país.

»Fue entonces cuando la rectora y sus dos mil alumnas marcharon hacia el campo de batalla. Una vez allí, dispararon al

enemigo todos los rayos de luz y calor del sol concentrados.

»Al no poder soportar aquella temperatura y aquel deslumbramiento, empezaron a huir, presas del pánico, sin salir de su asombro para contraatacar aquel calor abrasador y dejando atrás sus armas y munición, que quedaron reducidas a ceniza. Desde aquel día, nadie ha vuelto a invadir nuestra tierra.

—¿Y vuestros conciudadanos nunca han intentado salir de las *zenanas*?

—¡Claro! Quisieron recuperar su libertad. Algunos jefes de policía y magistrados de distrito hicieron saber a la reina que, pese a que los oficiales del ejército merecían sin duda ir a prisión por su fracaso, ellos habían cumplido con su deber en todo momento y, por tanto, no eran merecedores de castigo y rogaban volver a sus puestos.

»Su alteza real les envió un comunicado en el que les informaba de que los haría llamar si en algún momento se requerían sus servicios, pero que, hasta entonces, debían permanecer donde estaban. Ahora que se han acostumbrado a los designios de la *pardah* y han dejado de quejarse de su aislamiento, decimos que vivimos en un sistema de *mardanas*³, y no de *zenanas*.

—Pero ¿qué hacéis en caso de robo o asesinato sin policía ni magistrados? —pregunté a la hermana Sara.

—Desde que establecimos el sistema de *mardanas*, desaparecieron el crimen y el pecado, y ya no necesitamos policías que encuentren a los culpables, ni magistrados que los juzguen.

—¡Qué tranquilidad!... Imagino que si alguna mujer es deshonesto no os

3 Zona de la casa reservada a hombres e invitados (*N. del T.*).

resulta difícil castigarla. Además, puesto que conseguisteis una victoria decisiva sin derramar una sola gota de sangre, no os habrá costado demasiado ahuyentar la delincuencia.

—Mi querida Sultana, ¿vienes conmigo a mi salón o prefieres quedarte aquí? —me preguntó.

—¡Tu cocina no tiene nada que envidiarle a la alcoba de una reina! —contesté sonriendo abiertamente—, pero debemos marcharnos: seguro que los hombres me están maldiciendo por llevar tanto tiempo impidiéndoles cumplir con sus labores en la cocina. —Ambas reímos a carcajadas—. Cuando vuelva y les cuente a mis amigas que en este lejano país son las mujeres las que gobiernan y controlan la vida social; que los hombres se quedan en las *mardanas* cuidando de los recién nacidos, cocinando y encargándose de las tareas domésticas y que da gusto cocinar de lo sencillo que es, no me creerán.

—¡Tienes que contarles todo lo que has visto aquí!

—Enséñame cómo cultiváis la tierra, cómo aráis y cómo os encargáis de las tareas manuales más arduas.

—Labramos nuestros campos gracias a la electricidad, que, además, nos facilita otras tareas que de otro modo serían demasiado duras. También la empleamos en el transporte aéreo, ya que aquí no hay ferrocarriles ni calles pavimentadas.

—Por eso no tenéis accidentes de circulación ni ferroviarios —adiviné. Y pregunté a continuación—: ¿Nunca os falta el agua?

—No desde que instalamos el globo de agua. ¿Ves ese gran globo y las tuberías que lleva acopladas? Eso es lo que nos permite abastecernos de toda el agua de lluvia

que necesitamos sin tener que padecer inundaciones ni tormentas. Trabajamos duro en extraer de la naturaleza todo lo que puede ofrecernos y siempre estamos demasiado ocupadas como para perder tiempo en pelearnos. Nuestra noble reina es muy aficionada a la botánica y sueña con convertir toda esta tierra en un enorme jardín.

—¡Qué gran idea! ¿Y de qué os alimentáis?

—De frutas.

—¿Y cómo combatís el calor? En mi tierra esperamos las lluvias de verano como una bendición.

—Cuando el calor se vuelve insoportable, rociamos la tierra con agua abundante de fuentes artificiales, igual que, cuando hace frío, calentamos nuestras casas con el calor del sol.

Me mostró el cuarto de baño de techo extraíble, en el que podía disfrutar de una ducha siempre que quisiera con tan solo retirar el techo (igual que se quita la cubierta de una caja) y abriendo la llave de una tubería.

—¡Sois un pueblo con suerte! ¡No os falta de nada! —exclamé—. ¿Qué religión practicáis, si no es indiscreción?

—El amor y la verdad son nuestra religión, y es nuestro deber amarnos entre nosotras y ser siempre sinceras. Si un hombre o una mujer miente...

—¿Se le castiga con la muerte?

—En ningún caso. No damos muerte a ninguna criatura de Dios, y menos aún si se trata de un ser humano. A quien miente se le destierra para siempre del país.

—¿Y nunca se perdona al malhechor?

—Sí, cuando se arrepiente de corazón.

—¿Y nunca podéis veros con hombres que no sean de vuestra familia?

—Nunca. Solo con nuestros parientes sagrados.

—Nuestro círculo de parientes sagrados es muy reducido: ni siquiera un primo carnal forma parte de él.

—En nuestra tierra es tan amplio que un primo lejano es tan sagrado como un hermano.

—Eso me gusta, y es obvio que la pureza impera en esta tierra. Me encantaría conocer a vuestra bondadosa reina, tan sagaz y visionaria, y creadora de todas estas normas.

—Por supuesto —accedió la hermana Sara.

A continuación, atornilló un par de asientos a un tablón cuadrado al que acopló dos esferas perfectamente lisas y pulidas. Cuando le pregunté para qué servían, me explicó que eran balones de hidrógeno que utilizaban para contrarrestar la gravedad. Los había de diferentes capacidades, según el peso que se deseara vencer. Enganchó entonces a ese carro aéreo dos aspas en forma de alas que, según me contó, funcionaban con energía eléctrica. Cuando estuvimos bien sentadas, accionó un botón y las aspas empezaron a girar poco a poco y cada vez a mayor velocidad. Después de elevarnos a una altura de un par de metros, el carro emprendió el vuelo. En cuanto quise darme cuenta, habíamos llegado a los jardines de palacio.

Perdimos altura cuando mi amiga ralentizó el motor y, al tomar tierra, las aspas dejaron de girar y nos bajamos del carro.

Desde arriba, había visto a la reina recorrer uno de los senderos del jardín con su hija pequeña de cuatro años y sus damas de honor.

—¡Hola! ¡Qué bien que hayas venido! —exclamó la reina dirigiéndose a la

hermana Sara. Mi amiga me presentó a continuación a su majestad, que me recibió con cercanía y sin ningún boato.

Yo estaba encantada de conocerla al fin. En nuestra conversación, la reina me contó que ella no se oponía a que sus súbditos comerciaran con otros países. «Sin embargo —argumentó—, está prohibido el comercio con territorios en los que se encierra a las mujeres en *zenanas* y desde los que, por lo tanto, no se las permite viajar hasta aquí. Los hombres son de moral débil, y no nos gusta negociar con ellos. No aspiramos a conquistar otras naciones, ni luchamos por diamantes, aunque brillen más que el Koh-i-Noor⁴, ni envidiamos a quien gobierna desde el trono del pavo real⁵. Preferimos sumergirnos en los océanos del saber para intentar descubrir las auténticas piedras preciosas que la naturaleza nos reserva, y disfrutamos de sus tesoros siempre que podemos».

Una vez nos despedimos de la reina, recorrimos las emblemáticas universidades y algunas de sus fábricas, laboratorios y observatorios.

Finalizada la visita, volvimos al carro aéreo. Pero, en cuanto empezó a moverse, aún no sé cómo, resbalé y la caída me hizo despertar de golpe de mi sueño. Cuando abrí los ojos, descubrí que me hallaba en mi dormitorio, sentada en mi sillón.

Marcos Pinedo es licenciado en Traducción e Interpretación por la Universidad Autónoma de Madrid, y cursó el Máster en Traducción Audiovisual del ISTRAD. Ejerce principalmente en el

4 Diamante real, originario de la India (*N. del T.*).

5 Trono originario del Imperio Mongol de la India. El término se usó posteriormente para referirse a tronos de otros emperadores (*N. del T.*).

ámbito de la traducción deportiva para importantes organizaciones internacionales, aunque cuenta con algunas incursiones en la traducción literaria. Ha participado en la traducción de obras como *The Phoenician Collapse* (Ediciones Universidad San Jorge y FotoEvidence Press, 2022), del fotoperiodista Diego Ibarra Sánchez, o *Serpentear* (Turner, 2023), de la pintora estadounidense Sarah Crowner. La traducción del cuento de la autora india Rokeya Sakhawat Hossain que se presenta en este número apareció en los desplegables para prensa y festivales de la película *El sueño de la sultana*, de Isabel Herguera (2023).

Hospital

Por Laura Rodríguez Díaz (trad.)

Magda Isanos

Spital

En el aire denso, amarillento,
siempre se oía su nombre,
el del Dios de todas las misericordias;
estábamos bajo los cimientos de los mares.
Los cielos del atardecer
morían allá en un gran silencio.

Y cuántas sombras había...
Mientras dormía, crecían
sobre las sienes y las manos
los inmensos pólipos marinos.
Venía el dragón, la serpiente marina,
y se posaba en mi pecho. Ahora
debía soportar su mirada deslumbrante
y su cuerpo pesado, aunque fuera de humo.

A veces, la frescura del éter
nos recordaba el otro mundo.
Los prados verdes bajo la luz del cielo,
las mañanas, la tarde repleta
de tantos perfumes sutiles;
gente erguida, libertad, color.

Aquellos que al anochecer
debían morir
ganaban alas, promesas,
veían santos con hábitos
o cantaban algún canto olvidado.
El ángel de la esperanza permanecía junto a
[la cama.

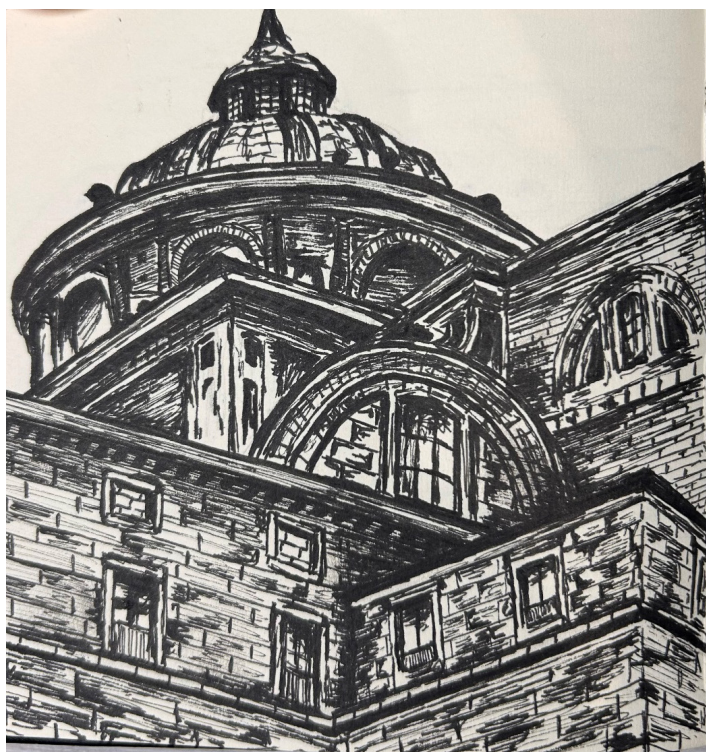
Vestía ropas de viento;
olía al cielo y a la tierra.
Y murmuraba como una voz imperceptible:
«Tus dolores han llegado a su fin».
—Quiero volver a casa,
gemía el enfermo, y una voz suave,
como si golpearas la seda,
murmuraba: «Partiremos volando».

Laura Rodríguez Díaz (Sevilla, 1998) ha estudiado Filología Hispánica en la Universidad de Sevilla y en la Universidad Complutense de Madrid. Edita la revista de poesía *Caracol nocturno*. Ha publicado los poemarios *San Lázaro* (Cántico, 2021) y *anuncio* (Ultramarinos, 2023; Premio El Ojo Crítico de Radio Nacional). Actualmente colabora en tareas culturales en el Museo Nacional de Historia de Bucarest.

Detalle arquitectónico

Por Haizea Oronoz Cano

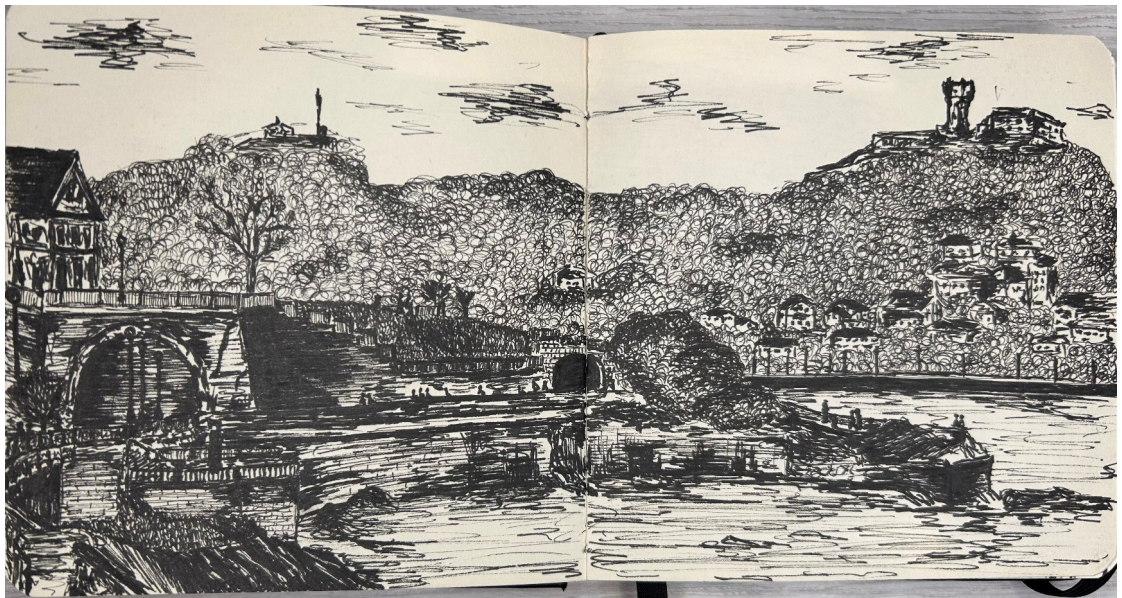
Haizea Oronoz Cano (Donosti, 31 de agosto de 2004) es estudiante del grado *Español: lengua y literatura* en la UCM. Sus gustos son las Artes y las Letras: las primeras las cultiva a modo de dibujos en pequeño formato; las últimas las estudia, como buena filóloga, de manera rigurosa y científica. Los dibujos que aquí se exponen son una muestra de su práctica artística: llevar a la estabilidad de la tinta y el papel lo captado en la fugacidad de la imagen fotográfica.



*Detalle
arquitectónico del
Real Monasterio
de San Lorenzo
de El Escorial.
Rotulador
calibrado sobre
papel.*



*Vista de la Bahía
de la Concha.
Rotulador
calibrado sobre
papel.*





*Veleros desde
el puerto de
Fuenterrabía.
Rotulador
calibrado sobre
papel.*



